



La peor pesadilla

Entrevista a Alberto Montero Soler

por Salvador López Arnal

La peor de las pesadillas, dice Alberto Montero (profesor de Economía Política en la Universidad de Málaga e investigador del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), refiriéndose a la situación de los trabajadores, decididamente abandonados por un gobierno sumiso ante las exigencias de los mercados. Y la cosa va, por desgracia, para largo, porque la crisis, tal como nos cuenta Montero, está más cerca de profundizarse que de resolverse. .

—Podíamos empezar si te parece por trazar una breve descripción de la crisis en su fase actual. ¿Puedes intentarlo?

—La verdad es que no es demasiado fácil caracterizar el estado actual de la crisis porque nos encontramos en un período de *impasse* tras la angustia que se instaló en los mercados financieros después de la crisis griega y que situó a algunas economías europeas —entre ellas, la española— al borde de una crisis de la deuda soberana. Una expresión de la crisis que, por otra parte y dicho sea de paso, tampoco estaba justificado que revistiera esa naturaleza por cuanto los fundamentos económicos de los Estados que parecían abocados a la misma eran más preocupantes por el lado del endeudamiento del sector privado que del sector público.

En cualquier caso, esa angustia tuvo un resultado tangible y que, de alguna manera, nos permite caracterizar la situación actual: el diseño precipitado y respondiendo a patrones convencionales y ortodoxos al más puro estilo del Fondo Monetario Internacional —esto es, sin atención a la situación concreta en la que se encontraba cada economía— de planes de ajuste

económico de una virulencia inusitada y que se asemejan, en gran medida, a los que sacudieron América Latina durante la década de los noventa del siglo pasado.

Yo creo que, precisamente, es la opción por esos planes de ajustes la que marca el estado actual de la crisis. Y lo marca en un doble sentido. En primer lugar, porque han puesto sobre la mesa la enorme contradicción en la que operan los mercados financieros. Por un lado, esos mercados sancionan a los países que, ante la crisis, han articulado planes de rescate del sistema financiero y, en menor medida, de la economía real y que, en consecuencia, han visto cómo sus déficit públicos y el ratio deuda pública/PIB aumentaba. Y por otro lado, penalizan a esos mismos países porque las medidas que han articulado en respuesta a sus presiones constituyen un freno al crecimiento económico y, por lo tanto, a las expectativas de beneficio de las mismas empresas cuyos títulos poseen en sus carteras junto a los bonos públicos. La situación es, por tanto, paradójica: las propias recetas que son demandadas desde los mercados financieros acaban siendo penalizadas, cuando son aplicadas,

por esos mismos mercados financieros.

Y, en segundo lugar, y aquí sí que creo que se encuentra el elemento clave que caracteriza la fase actual de la crisis, la crisis económica ha transmutado, definitivamente, en una crisis social.

—*Crisis social dices. ¿Por qué una crisis social?*

—No puede ser de otra forma si tenemos en cuenta la desatención que están mostrando los gobiernos a los efectos reales de la crisis financiera y monetaria, esto es, al desempleo, la contracción de la actividad económica, la pobreza o el riesgo de exclusión social hacia el que se ven abocados muchos ciudadanos.

Y no sólo se trata de la desproporcionalidad entre los recursos destinados al rescate de bancos e instituciones financieras frente a los destinados a reanimar la actividad económica sino que también hay que valorar que los planes de ajuste articulados por muchos países y destinados a contener el déficit público están orientados, mayoritariamente, a recortar prestaciones y derechos sociales consolidados en el marco institucional de los Estados de bienestar.

Aunque nuevamente pudiera parecer paradójico, nos encontramos con que las medidas instrumentadas para hacer frente a la crisis económica provocada por el neoliberalismo han sido, precisamente, medidas de naturaleza neoliberal. Es decir, se está planteando una salida a la crisis del neoliberalismo que no es más que una profundización en el neoliberalismo. Veremos si el capitalismo es capaz de asimilar esa nueva dosis de una droga tan dura.

—*Tú has señalado en numerosas ocasiones que, a estas alturas del proceso, a nadie se le escapa que la situación de la economía española es muy grave. ¿Cuáles son los aspectos que te parecen más peligrosos?*

—En primer lugar, evidentemente, el desempleo, por cuanto de tragedia social y económica implica. El hecho de que en este Estado existan más de cuatro millones de personas desempleadas, que la tasa de desempleo —que se sitúa en estos momentos en el 20% de la población activa—, duplique la de la media comunitaria y triplique, por ejemplo, la alemana, es un lastre del que la economía española va a tardar muchos años en recuperarse ya que, tradicionalmente, ésta necesita crecer por encima del 2,5% para crear empleo neto. Y, en segundo lugar, destacaría el elevado endeudamiento privado, tanto de las empre-

sas, financieras y no financieras, como de los hogares.

Y es un elemento grave por dos motivos de naturaleza diferente y que inciden sobre la economía de forma distinta pero íntimamente relacionadas. Así, el elevado endeudamiento de los hogares y empresas no financieras ha sido el que ha permitido mantener al consumo privado como el motor del crecimiento económico de los últimos años. Desde el momento en que el acceso al crédito se restringe y el flujo de ingresos derivados de la actividad económica se contrae e, incluso, se corta, la tendencia de estos agentes es al despalancamiento...

—*¿Despalancamiento?*

—Quiero decir, a reducir sus niveles de endeudamiento incrementando el porcentaje de su renta que destinan al ahorro, lo que frena toda una maquinaria económica que, para avanzar, se sustenta sobre el consumo.

Por otro lado, el elevado endeudamiento de las instituciones financieras y las dudas sobre sus posiciones de solvencia (especialmente como consecuencia de la caída del precio de los activos vinculados al sector inmobiliario) han dificultado que pudieran financiarse en los mercados monetarios. Ante esta situación, lo que ha ocurrido es que han acaparado gran parte de las ayudas recibidas desde el sector público y de la financiación privilegiada otorgada por el BCE y no la han canalizado hacia el sector privado vía préstamos y créditos. Dicho en roman paladino, han dejado de cumplir su función esencial de intermediación entre ahorradores y prestatarios y han antepuesto sus propias necesidades de capital a la función que deben desempeñar en una economía capitalista sustentada sobre el crédito y la deuda. En consecuencia, el aceite que permitía engrasar la máquina del consumo ha desaparecido y eso ralentiza, aún más, las posibilidades de recuperación de la economía.

Pero si, además, esa función se utiliza para que desde el sistema bancario se chantajee al gobierno como ha hecho Alfredo Sáenz, vicepresidente del Banco Santander, al afirmar que el establecimiento de una tasa sobre la actividad bancaria en la línea planteada por Alemania podría provocar una contracción y un encarecimiento del crédito, la conclusión es casi de Perogrullo: la responsabilidad de los bancos en la crisis se extiende mucho más allá de haber contribuido a su aparición, también les corresponde una cuota importante por la duración que está teniendo la misma y el uso que de ella están haciendo en favor de sus intereses.

—*¿Por qué crees que este Gobierno sigue empeñado en no desve-*

La responsabilidad de los bancos en la crisis se extiende mucho más allá de haber contribuido a su aparición.

lar las verdaderas dimensiones y causas de la crisis? ¿Por qué esta absoluta falta de transparencia? Tú has resaltado una aparente paradoja: se nos ha contado que estábamos ante la versión nacional de una crisis financiera internacional y, al mismo tiempo, en este país no ha quebrado ni un solo banco frente, te cito, "a los 239 bancos que han quebrado en EEUU desde 2008". ¿Qué explicación das a esta, digamos, contradicción?

—Esa falta de transparencia es, en parte, producto de la asimetría en el tratamiento de los problemas por parte del gobierno y, consiguientemente, de la desigual distribución de los recursos que se está haciendo para enfrentar esos problemas.

En un revelador informe de la OIT de mayo de 2009 nos enterábamos de que el esfuerzo financiero que España estaba realizando en los paquetes de medidas para el rescate del sistema financiero se elevaba hasta el 14,3% del PIB mientras que en medidas de estímulo fiscal, es decir, las dedicadas a la economía real, el esfuerzo apenas llegaba al 0,8% del PIB.

Esto significa, evidentemente, que la tasa de desempleo de la economía española no es el fruto de una casualidad sino el producto de políticas que han apostado directamente por entregar los recursos a los bancos pensando que ellos los canalizarían hacia la economía, lo cual no ha ocurrido. Esto es lo que no se explica y a esto obedece, en alguna medida, esa falta de transparencia. Porque si se explicara, si se hablara abiertamente de ello, si se pusieran los números sobre la mesa, alguien tendría que asumir algún tipo de responsabilidad en la gestión tan interesada hacia el sector financiero que se ha hecho y se está haciendo de esta crisis y la desatención e, incluso, el acoso hacia los trabajadores.

Creo que de esta forma también se responde a la segunda pregunta: ¿por qué no ha quebrado ningún banco? Pues porque no se han dejado que quiebren mientras sí se está permitiendo que ocurra con el resto de empresas del tejido productivo.

—Otra versión de la crisis sitúa en el déficit del Estado la causa de la presión de los mercados sobre la deuda pública española. De ahí la receta: tenemos que lanzar el mensaje contundente a los mercados de que se toman las medidas para retornar a una senda de estabilidad fiscal. Pero los mercados, según todos los indicios, no se convencen. ¿Por qué?

—Porque esos mercados viven en una realidad casi esquizofrénica dominada por unas perspectivas tan cortoplacistas que difícilmente sus demandas y sus comportamientos al respecto pueden calificarse de racionales.

Así, desde esos mercados se le exige al sector público austeridad fiscal para enfrentar una crisis caracterizada por la brusca contracción y el estancamiento del consumo y de la inversión privada. Sabemos que esa contracción demandaría del

gobierno reacciones tanto de carácter discrecional como las derivadas de la activación de los estabilizadores automáticos, que necesariamente implicarían una elevación del déficit público y del ratio deuda/PIB. Es por ello que los mercados, tenedores de esa deuda, demandan contención fiscal para evitar que el Estado pueda llegar a posiciones de insolvencia.

Sin embargo, esa austeridad dificulta que el consumo o la inversión privadas puedan ser sustituidas por sus contrapartes públicas. Esto no hace sino minar las posibilidades de recuperación económica de una economía como la española que carece de control sobre los tipos de cambio y que, por lo tanto, se encuentra imposibilitada para optar por una devaluación de su moneda que impulse el crecimiento por la vía de la demanda externa.

Ante esa situación, inmediatamente después de haber impulsado los planes de ajuste, los mercados pasan a cuestionar los planes porque dichos planes no hacen sino retrasar el crecimiento. Y, por lo tanto, el riesgo de insolvencia no aparece ya en su horizonte como producto del incremento exponencial del gasto público comprometido en el pago de intereses y devolución del principal de una deuda pública creciente, sino como consecuencia de la merma en los ingresos públicos derivados de la contracción de la actividad económica.

—Por lo demás, cuándo hablamos de mercados, ¿de qué estamos hablando exactamente?

—Pues estamos hablando de una metáfora que, si bien se utiliza para simplificar, en muchos casos lo que hace es enturbiar la comprensión de las dinámicas a las que responden esos mercados y hace aparecer como homogéneos en su conjunto lo que no son sino intereses muy heterogéneos y que responden a la composición de las carteras de los agentes que intervienen en esos mercados

De entrada, los mercados financieros en sí mismo no son nada más que ámbitos en los que se producen interrelaciones entre agentes financieros de diversa naturaleza que ofertan y demandan, venden y compran determinados activos financieros. Ni esos agentes están presentes en un único mercado ni en sus carteras existe un único tipo de activo, sino que las interrelaciones son múltiples. Incluso en muchos casos trascienden la esfera de los mercados financieros para llegar hasta la economía real, como cuando, por ejemplo, los fondos de inversión adquieren porcentajes significativos del capital de una empresa y acceden, así, a sus consejos de administración. Los mercados financieros no son más que la suma de comportamientos individuales de agentes muy heterogéneos que conforman una red cruzada de intereses que no necesariamente tienen por qué ser armónicos entre sí más allá,

insisto, de la consecución cortoplacista de beneficios.

—También has argumentado que el aspecto sobre el que se han enfocado las medidas gubernamentales no hace sino agravar las posibilidades de solucionar el verdadero problema de la economía española: el endeudamiento privado y la necesidad que tienen los deudores de que se recupere la actividad económica.

—Sí, básicamente, el proceso de desapalancamiento requiere la estabilidad de un flujo de ingresos que permita mantener la actividad económica al tiempo que se genera el ahorro suficiente como para atender los diferentes vencimientos de la deuda pendiente de amortizar. Pero nos encontramos con que en la medida en que los fondos públicos destinados a las instituciones financieras no se han condicionado a un mantenimiento de la actividad crediticia, muchas empresas se encuentran con que no pueden refinanciar esas deudas porque el banco se niega a prestarle recursos que acapara para sí y, por lo tanto, acaban en quiebra.

Además, el problema se agrava porque el gobierno ha desenfocado completamente el tratamiento de la crisis y, angustiado por las reacciones de los mercados financieros internacionales, se ha olvidado de atender la economía nacional y ha centrado su objetivo en el control del déficit público. Un déficit que, precisamente, se originó como consecuencia de las enormes sumas de recursos comprometidas para el rescate del sistema bancario. De esta forma, ahora el gobierno carga el esfuerzo de contención del déficit restringiendo el consumo y la inversión públicas, lo que afecta al mantenimiento de una actividad económica que ya se encuentra asfixiada por la restricción crediticia impuesta desde el sistema bancario. La resultante no es otra que la quiebra de empresas, las elevadas tasas de desempleo, las altas tasas de morosidad, los desahucios hipotecarios... En definitiva, el deterioro de las condiciones económicas generales tanto para el sector privado como para los hogares. Por eso afirmo que las políticas de este gobierno para hacer frente a la crisis no hacen sino profundizarla.

—¿Por qué los mercados sancionan la deuda pública y, en cambio, parece que no penalizan a los emisores privados?

—Sí, claro que los penalizan. No olvidemos que durante los tres años, aproximadamente, que viene durando esta crisis el Ibex 35 acumula una caída de más del 30% (cotiza actualmente en torno a los 10.700 puntos cuando estuvo cerca de los 16.000 puntos). Esa evolución es comparable a la de la mayor

parte de los índices bursátiles de los mercados de todo el mundo. En todos ellos se acumulan descensos importantes, de mayor o menor intensidad, desde el inicio de la crisis. Además, no debemos olvidar que los sectores más penalizados han sido, precisamente, los más involucrados en la burbuja inmobiliaria: el sector financiero, el de la construcción y el inmobiliario.

—Al contrario de la crisis norteamericana de 2008, algunos afirman que la crisis europea de 2010 no es sólo financiera ni se limita a la insolvencia de algunos Estados de menor importancia económica dentro de la comunidad. Se trata, dicen, de una crisis monetaria, de insolvencia del euro, una moneda que es emitida por un Banco Central que no pertenece a ningún Estado ni administra la deuda de ningún Tesoro Nacional. ¿Qué opinión te merece este diagnóstico? ¿Qué funciones debería tener el Banco Central Europeo? ¿Quién debería ejercer su control?

—Más que una crisis monetaria o de insolvencia del euro creo que lo que está ocurriendo en Europa tiene como uno de sus elementos desencadenantes fundamentales el deficiente diseño institucional de la Unión Monetaria, producto de la lógica neoliberal que dominó todo el proceso de integración, como ha analizado, por ejemplo, Pedro Montes en sus trabajos.

La falta de sincronía entre los ciclos económicos de los distintos Estados miembros y la existencia de una política monetaria única ha permitido que determinados países que requerían de una política monetaria más restrictiva en determinados momentos, como era el caso de España, se “beneficiaran” de unos tipos de interés demasiado bajos que facilitaron el endeudamiento masivo. Al mismo tiempo, también la cesión de soberanía en materia de política cambiaria ha contribuido a que el déficit exterior de la economía española sea otro elemento de agravamiento de la crisis. Un tipo de cambio sobrevalorado que ha deteriorado la ya de por sí débil capacidad competitiva de nuestra economía y que ha llevado el déficit comercial a niveles que los mercados no toleraron, por ejemplo, a principios de los noventa, cuando los ataques especulativos contra la peseta provocaron varias devaluaciones.

Por eso, también por ese lado nos encontramos atrapados en un bucle que sólo puede empeorar y cuya única salida ortodoxa, dadas estas restricciones (austeridad fiscal impuesta desde fuera y carencia de control sobre la política monetaria y cambiaria), es una deflación de precios y salarios que, de forma espuria, vuelva a hacerla más competitiva e impulse el crecimiento por la vía de la demanda externa.

Las medidas dedicadas a la economía real apenas alcanzan el 0,8% del PIB.

Si este retrato lo completamos con la carencia de una Hacienda Pública europea, esto es, con la convivencia de dieciséis políticas fiscales nacionales y una sola política monetaria, el panorama solo viene a confirmar lo que muchos economistas, ni siquiera críticos, ya advertían cuando se estaba diseñando el proceso de creación de la Unión Monetaria: que las tensiones que surgirían en su seno acabarían por hacerla inviable o, como vemos en la actualidad, que para preservar la viabilidad del proyecto estamos casi abocados a una Europa a dos velocidades, prueba evidente que comenzar un proceso de integración por la moneda es como comenzar una casa por el tejado: garantía casi segura de que se acabará desmoronando.

—En 2007, el recientemente fallecido Giovanni Arrighi señalaba en su *Adam Smith en Pekín* que la crisis significaba fundamentalmente una crisis de hegemonía. Para Arrighi, “los intentos estadounidenses de revertir el aumento del poder del sur [con el proyecto neoconservador de un nuevo siglo americano] han tenido un efecto bumerán. Han precipitado lo que [denomina] la “crisis terminal” de la hegemonía estadounidense.” ¿Qué opinión te merece este juicio de Arrighi?

—Lo comparto plenamente. Creo que nos encontramos ante una pérdida de poder hegemónico evidente por parte de Estados Unidos que tiene, a mi modo de ver, dos expresiones fundamentales.

Una primera sería la incapacidad para controlar la liberalización financiera que con tanto ímpetu impulsó durante la década de los noventa. Hasta tal punto es así que, por primera vez, el origen de la crisis aparece en el propio corazón de la bestia y, lo que es más grave para el poder hegemónico de Estados Unidos, las necesidades de financiación de sus déficit comercial y público (disparados con las guerras de Irak y Afganistán) han otorgado a los tenedores de sus bonos la capacidad de condicionar sus políticas y de resistir a sus presiones.

Y la otra sería el fracaso del recurso al uso de la fuerza, el “hard-power”, y que tiene sus expresiones más evidentes en la retirada de Irak y en el empantanamiento de la situación en Afganistán. De hecho, el cuestionamiento de la presencia de las fuerzas de ocupación occidentales en el país que se están haciendo muchos Estados constituye la expresión evidente de

que Estados Unidos ya no puede imponer sus propios intereses como intereses comunes.

Estamos abocados, por tanto, a un mundo multipolar en donde, como apunta Jacques Sapir, el retorno de la importancia de la soberanía nacional volverá a marcar las dinámicas geopolíticas de las próximas décadas.

—Por su parte, Ismael Hossein-Zadehi, de la Drake University de Iowa, califica la crisis económica actual como una guerra de clases: lo que hoy se factura como deuda pública empezó como deuda privada de especuladores financieros que han acabado traspasando sus cargas a los trabajadores. ¿Es así? ¿Es tan evidente la dirección de este frente de la lucha de clases?



—Nuevamente coincido con el planteamiento que me trasladas. De hecho, como señalaba antes, el detonante de la crisis no ha sido financiero como fue, por ejemplo, el caso de la crisis provocada por la caída del fondo de inversiones LTCM. En la crisis actual nos encontramos con que el detonante ha sido social y económico. Es el deterioro de las condiciones económicas en los Estados Unidos y su incidencia sobre las condiciones sociales y laborales tan precarias de un amplio sector de la población que, ante el deterioro de sus ingresos salariales, se han visto compelidos masivamente a recurrir al endeudamiento, lo que hace estallar la mecha del polvorín de las finanzas.

Y en el caso europeo la situación si bien no tiene un detonante social tan definido y directo como en Estados Unidos lo que sí presenta es un resultado de deterioro social constatado y en aumento: todos los planes de ajuste aplicados se centran en ataques a las estructuras del Estado de bienestar. Los trabajadores viven, en estos momentos, la peor de las pesadillas: crecientemente explotados en el trabajo, salvajemente expropiados por el capital financiero y angustiosamente abandonados por los Estados de bienestar.

—En 2008, el Bank for International Settlements presentó un informe en el que describía que el valor total de las actividades económicas con derivados financieros ascendía a 1,14 trillones de dólares. Un gravamen del 1% sobre intercambios financieros valorados en 1 trillón de dólares generaría 10 billones de dólares anuales en fondos públicos. ¿Eres partidario de la tasa Tobin? ¿Es la panacea para todos nuestros males?

—En principio, soy partidario de cualquier figura impositiva que grave los movimientos de capitales no vinculados a intercambios comerciales.

Sin embargo, creo que la propia pregunta que me haces pone de relieve el problema subyacente a la Tasa Tobin y mi rechazo a la misma como solución a los problemas que estamos padeciendo y que seguiremos padeciendo de no solucionarse en la dirección que apuntaré después.

Y es que en tu pregunta, como en la mayor parte de los planteamientos en defensa de la Tasa Tobin, el argumento a su favor es la cantidad de recursos que permitiría allegar al sector público, es decir, se trata de una defensa basada en los efectos recaudatorios de la tasa. Lo cual puede ser muy perverso, ya que podría llevarnos a defender el incremento de los flujos de capitales y una mayor volatilidad financiera porque de esa manera aumentaríamos los ingresos.

Por otro lado, teniendo en cuenta la elevada rentabilidad derivada de ese tipo de operaciones financieras, una tasa de esa naturaleza no podríamos esperar que tuviera efectos desincentivadores que, en gran medida, es una de las funciones que deben cumplir los impuestos con aquellas actividades que generan efectos externos sobre terceros y cuyos costes, por lo tanto y como hemos podido comprobar, no son internalizados por los agentes financieros sino que son socializados y pagados por el conjunto de la sociedad.

En definitiva sí podemos gravar las transacciones financieras si queremos incrementar los recursos públicos, pero lo que no vamos a conseguir es eliminarlas, ni reducir su volatilidad ni

evitar el riesgo sistémico que implican. En ese sentido, la panacea no puede venir por esa vía o, al menos, no si se plantea en unos términos tan modestos como un gravamen de un 1%. Solo nos queda, entonces, enfrentarnos abiertamente al problema y plantearnos la utilidad económica (no digamos ya social) de este tipo de activos financieros y de este tipo de transacciones especulativas. Si como los hechos recientes prueban llegamos a la conclusión de que no han servido para su objetivo fundamental —que es proteger a los agentes frente al riesgo—, sino que son, en sí mismos, productos arriesgados capaces de generar una crisis sistémica, no nos queda otra opción que apostar por su erradicación. No veo otra solución.

—Antoni Castells i Duran ha hablado, una vez más, del fin del capitalismo. Sin poner fecha, ha señalado que su fin sólo es cuestión de tiempo. No es tanto, apunta, por la crisis actual sino por la crisis de los valores de la civilización del capital que, en su opinión, es el verdadero origen de todos los padeceres de la Humanidad. ¿Es ese un juicio razonable en tu opinión?

—Yo no creo que sea tanto por la crisis de los valores de la civilización del capital. A mi modo de ver esos valores se encuentran actualmente en su momento de mayor esplendor: el egoísmo, la codicia, la avaricia, el individualismo... Si algo ha conseguido el neoliberalismo es acabar con los valores sociales vinculados a la solidaridad y el respeto por los demás y por el entorno; ha conseguido fabricar sujetos que no se reconocen en sus semejantes, que son capaces de atribuirse la responsabilidad de problemas que les vienen impuestos por el sistema capitalista, que

reniegan de la solidaridad; sujetos egoístas y, lo que es peor, alienados con respecto a su condición de explotados y expropiados. Si tuviéramos que valorar desde esa perspectiva al neoliberalismo sólo podríamos concluir que su éxito ha sido rotundo.

Pero, precisamente, esa salud de los valores sobre los que se sustenta el capitalismo es la que está generando de forma acelerada las condiciones objetivas para, no sólo la desaparición del capitalismo sino también de la propia especie: el cambio climático, el agotamiento de los recursos, la deforestación, son expresiones en grado exacerbado del dominio de esos valores. Las resistencias son cada vez menores y en un mundo en donde cada vez se percibe menos lo ajeno como propio, en donde no se comparte el sentimiento de comunidad sino que rige la lógica de la supervivencia, están sentadas las bases para su desaparición ■

Los mercados financieros no son más que la suma de comportamientos individuales de agentes muy heterogéneos.